Empero ésta, tan blanda y tierna, será lo que se quiera. Para que pueda ostentar el dictado de verdadera hembra, abeja de amor, y fecunda, ¿qué se requiere? Se requiere la libertad. Que se le dé una ancha cuna donde flote su tierna existencia, se agite y vegete cómodamente: esto costará tres cunas que se destruyen en provecho de la suya, tres pequeñuelos que no nacerán. ¿Qué importa, si ésta producirá diez mil en el trascurso de un año?

Su consagracion como Madre del pueblo es ese vivo alimento que el pueblo extrae de sí mismo, al que va unido la dulzura de abeja y el embalsamado espíritu de las flores. Elevado y sólido alimento, rico con el perfume embriagador de las hierbas aromáticas, mas rico del virginal amor que treinta mil hermanas han amontonado allí para el maravilloso hijo que á todas pertenece.

Al tercer dia, el pequeñuelo ve su cunita aumentada con un ornamento combinado de manera á darle aun mas libertad, una pirámide invertida. Hasta que han pasado cinco dias no se pone el sello, para que pueda dormir en paz y opere su metamórfosis con toda tranquilidad. Desde este momento cesa toda inquietud. Se vigila á la almita dormida que mañana será el todo y por el amor dará alas al trabajo del pueblo. Se la guarda y se la sirve, mas con la altivez digna de un pueblo que no adora sino á su obra, escogida por él, por él alimentada, su hechura, y que puede deshacerse. A orgullo tiene el saber, en caso de necesidad, crearse su Dios.

CONCLUSION

La abeja y la hormiga nos dan la alta armonía del insecto.

Las dos, inteligentísimas, son criadas como artistas, arquitectas, etc. La abeja es asimismo geómetra, y la hormiga hácese notar como educadora.

La hormiga es republicana de corazon, no teniendo necesidad alguna de un símbolo visible y vivo de la Ciudad: poco estima y gobierna con bastante rudeza á las débiles y blandas hembras que perpetúan el pueblo. La abeja, por el contrario, mas tierna al parecer, ó no tan razonadora, al paso que mas imaginativa, encuentra sosten moral en el culto de la Madre comun, siendo esto, para aquellas ciudades virginales, como una religion de amor.

Entre hormigas y abejas la maternidad es el principio social; empero arráigase la fraternidad, y floreciendo, llega á grande altura.

Este libro, empezado entre tan grandes tinieblas, termina con radiante claridad.

Para juzgar bien á los insectos, inspeccionad, apreciad sus trabajos, sus sociedades. Si su organizacion se clasifica tan abajo como se pretende, mas admiracion causa el ver que llenan obras tan elevadas valiéndose de órganos muy inferiores.

Debe notarse que con frecuencia los trabajos mas avanzados ejecútanse por aquellos (ejemplo las hormigas) que no están provistos de herramientas especiales para el caso, antes bien han de suplirlas por medio de la destreza y la inventiva.

Si no fuesen tan diminutos esos artistas, ¿se tomarian en cuenta sus artes y sus obras? Comparando las ciudades de los termites con las cabañas de los negros, los trabajos subterráneos de la hormiga con las pequeñas excavaciones de los tureneses del Loire, ¡cómo se harian resaltar las artes superiores de los insectos! ¿Acaso el tamaño modifica vuestros juicios morales? ¿Qué talla se requiere para merecer vuestra estimacion?

Por otra parte, si este libro no modifica la opinion del lector, ha modificado grandemente la nuestra, puesto que mientras lo hemos escrito nuestras ideas sufrieron un cambio radical. Creimos estudiar cosas y encontramos almas.

La observacion cotidiana, familiar, iniciándonos á su existencia, desarrolló en nosotros un sentimiento que animaba nuestro estudio, al paso que lo complicaba: el respeto de sus personas y de sus vidas.

«¿Cómo se entiende? ¿la vida de un insecto? ¿la existencia de una hormiga? La Naturaleza los vende

barato, renuévalos incesantemente, prodiga los séres, sacrifica los unos á los otros...»

Sí, pero es porque los cria. Ella da y retira la vida, en sus manos está el secreto de sus destinos, el de las compensaciones á continuacion del progreso posible. Nosotros no tenemos ningun ascendiente sobre ellos; sólo sabemos hacerlos sufrir.

Hé aquí un punto grave. No se trata de una sensibilidad infantil; al contrario, ni los niños ni los sábios repararán en esto. Pero un hombre, el hombre acostumbrado á contar en sí mismo y á estimar sus actos, no arrancará con ligereza á un sér ese don de la vida, que tan distantes estamos nosotros de poder dar ni aun á los mas ínfimos.

Estas ideas se arraigaron en mi cerebro. Y luego una persona mas impresionable que yo, la cual habia acudido á este sitio con el intento de hacer una pequeña entomología de los insectos de Fontainebleau, titubeó, aplazó el asunto, é interrogando su conciencia, creyó de su deber renunciar á ello. Sin condenar bajo ningun concepto las colecciones científicas, de todo punto indispensables, está segura dicha persona que no conviene hacer de la muerte un pasatiempo. Observad que muchos de esos séres son menos importantes por la forma y el color que por la actitud y el movimiento, que no se conservan en la punta de un alfiler.

La primera deliberacion que tuvimos sobre el particular fue promovida á presencia de una muy notable mariposa (una esfinge, si no me equivoco), que cazamos con la red para examinarla un momento. Hacia algunos dias que la estaba admirando, mientras revoloteaba sobre las flores, nó atolondradamente como

la mayor parte de ellas, sino eligiéndolas desde arriba; y luego, con una finísima trompa, asestando de léjos, chupaba con calma y se retiraba al vuelo, cual si la arrancara de allí una fuerza superior. Movimiento de incomparable gracia, de una sobriedad extrema, que parecia repetir incesantemente:—«Basta.... Por hoy basta... ¡Hasta mañana!»—En mi vida he visto nada mas gracioso.

El pequeño sér que nos ocupa no es mas que una mariposa gris y por cierto nada notable. ¿Quién dijera, al verla muerta, que por su encantadora agilidad es el favorito de la Naturaleza que en su obsequio ha agotado toda la gracia de que es capaz?

Abrimos la red. A los pocos dias tuvimos la satisfaccion de ver la misma mariposa que, azotada por la borrasca, presentóse al anochecer á buscar un abrigo en nuestra casa, introduciéndose sin preámbulos en una habitacion. A la mañana siguiente quiso disfrutar del calor solar y emprendió su vuelo otra vez.

He de confesar aquí que todos los náufragos de fin de otoño, advertidos por un instinto que nunca falla, aunque sorprende, presentábanse voluntariamente, algunos por tiempo determinado y otros para quedarse con nosotros. Un pajarillo asaz descalabrado y que visiblemente habia tenido mas de una aventura, presentóse todo azorado, y desde el primer dia tomaba la comida de nuestras manos. Lo mismo aconteciera con otra criatura mas mísera aun, un diminuto colirojo, al que se habia arrancado bárbaramente la garzota para hacerle pasar por ruiseñor. Ese sér, tan maltratado por los hombres, que debia temerles, cobró tal confianza, que no sólo desde un principio tomaba el grano de la mano y de los labios, sino que se quedaba dormido sobre un dedo de su ama.

Tocante á los insectos, es imposible domesticarlos; sin embargo, varios hay que al parecer vivirian con el hombre, pues saben apreciar á las gentes pacíficas y la dulzura de carácter. El pasado invierno dos lindas coccinelas escarlata habian elegido por domicilio mi mesa, entre mis papeles y mis libros, constantemente revueltos. No sabiendo qué cosa darlas, pasaron sin comer toda la estacion y al parecer poco las inquietaba tan prolongado ayuno. La templada atmósfera de la habitacion entiendo que no las disgustaba.

El impetuoso viento de setiembre arrojó ayer mismo dentro de nuestra casa una muy preciosa oruga roja. A pesar de no haber llegado hasta allí por su libre albedrío, sino empujada contra su gusto, creí que debia respetar aquel naufragio. Ignoro qué planta la cobijaba, mas por su porte indicóme que habia sido arrancada de ella en el instante en que se disponia á hilar. La fueron presentadas diversas hojas y ninguna la agradó. Iba de acá para allá, presa de extraordinaria agitacion. Supusimos que querria colgarse de una rama, pero lloviendo á mares, no era aquello factible. Como hay muchos gusanos y larvas que trabajan en la tierra, se le trajo un poco. Ni por esas. Pensando, pues, que disponiéndose á tejer le gustaria poseer un tejido, se la colocó encima de la tela de un rodete que cerraba una ventana: esa tela, fria y basta, tampoco la agradó. Además que, el viento, el escaso viento que se introducia en aquel sitio, habríala helado cruelmente durante todo el invierno. En fin, por intuicion femenina pensóse que, supuesto que iba á fabricar seda, la placeria el terciopelo de seda que tapiza la caja de mi microscopio.

Con toda evidencia era esto lo que la oruga deseaba: instalada en aquel sitio una noche, á la mañana siguiente habia adoptado tan blando, cálido y abrigado lecho. En tan corto tiempo se apresuró á tender sus hilos á derecha é izquierda, cual si temiese ser molestada. Y como se respetara su trabajo, viendo que habia tomado mal sus medidas, que el capullo era demasiado corto, destruyó una tercera parte de él para que la obra adquiriera mejores proporciones.

Hé aquí, pues, relegados al olvido el microscopio, el escalpelo y todos nuestros instrumentos. ¿Qué hacer? El confiado animal háse instalado en nuestro domicilio y no piensa en marcharse. La vida ha expulsado á la ciencia. Estudio severo, aguarde usted: tanto vale que lo aplacemos por algun tiempo. Durante el invierno respetarémos el sueño de la crisálida.

ACLARACIONES